

# A propósito de una indagación

## Alvaro Pacull Lira

Actor y Licenciado en Estética PUC;  
Investigador Aula de Teatro U. de Alcalá de Henares

*"prefiero equivocarme que callar"*  
(Jacques Brell)

### Canto I (De la confesión y las preguntas)

Tengo que hacer una confesión, cuando se murió Carlos Cerda, en la mañana del día de su funeral, lo visité en la capilla que lo acogió. Era temprano, había todavía poca gente, familiares presumo. Me senté en una de las sillas dispuestas para el efecto y empecé a acordarme de él, de su risa, su calidez, sus gestos, su vehemencia, sus ganas de vivir y de hacer. Sí, porque Carlos entendía el sentido de la vida en relación con la acción, y ésta en conexión con la búsqueda de la verdad, idea en la que tesoneramente continuaba teniendo fe, algo difícil y hasta cuestionable bajo las perspectivas relativas de la contemporaneidad. De repente un deseo morboso me interpeló, tenía que ver la cara de Carlos. Me paré, y con bastante pudor me acerque y le di una rápida, pero profunda mirada a su rostro sin sangre. Carlos estaba enojado, dejaba el mundo, dejaba proyectos, amigos, largas charlas, pasiones, ideas que defender, tantas formas y sus contenidos quedarían ocultas en la oscuridad. En varias oportunidades

reflexionamos juntos diciendo: "¡volver a los griegos!, a los griegos, Aristóteles, la lógica, el propósito, el sentido, el valor de la estructura, las preguntas. Qué, cómo, por qué? Para qué hacemos teatro, por qué lo hacemos de una determinada manera y no de otra. Es pertinente la gratuidad de la acción? El arte, la obra, su obra cuál es, implica intensión, debería tenerla? Filosofábamos amenamente, hacíamos filosofía del "teatro", con el teatro, porque compartíamos que

el teatro es pensamiento y sentimiento plasmado en acción, es "ideas contrapuestas", es argumentación y manifestación de personalidades, entre tantas cosas que el hombre en su deseo de expresión da a luz.

Cuando no había palabra, había caos, miedo, temor, sigue habiéndolo, pero ya la ambigüedad y la penumbra difusa de la abstracción emocional, tiene continentes, es decir tiene límites, territorios privados, cada parcela tiene sus cercos; por tanto, el



Foto: Ramón López



temor a la pérdida, a la inseguridad paleolítica, se parapeta en una máscara, en una materialización, es ahí cuando el mundo de los hombres empieza a tener la esperanza del sentido constructivo, idea plenamente artificial, pero punto de partida para definir, comparar, tener la ilusión de la posesión y del saber. Tener algo (cosa o persona) calma al mundo, hace el mundo, a fin de cuentas creemos ser lo que hacemos, incluido lo que no hacemos, la no acción, elemento que en teatro puede tener enorme potencia dramática –en relación al sentido intencionado para la comunicación de las ideas–. Así el teatro nace para mostrar el mundo, para construirlo en el límite de sus

lenguajes, pero ello es la brevedad misma en el desarrollo socio-histórico y espacio-temporal. La contemporaneidad, con su mirada múltiple, aguda, crítica, carente de padre, bastarda e irónica, dice No a la forma, la descarna, la destruye, como queriendo gritar, esta máscara no sirve, es sólo latex de mala calidad, no representa el contenido del hombre, es aparente. Así se propone la otra mirada. El espejo que reflejaba lo que no se quiso ver, la imagen de nuestra degradación (propuesta Pirandelliana, por cierto), no alcanzará su propósito, y así seguimos sin vernos. En una lucha por hacer más coherente y próximo lo interior con lo exterior, más cercano el "Yo" individual con el

"yo social" (imagen, esta última, articulada y planificada para vendernos mejor, para caernos mejor), continuamos en el quimérico e idealista accionar que aspira encontrar la manera perfecta de hacer formas que fundan los opuestos. Para algunos, ese será el momento estético, la cercanía con la divinidad, el objetivo del arte; para otros, sólo ideas trasnochadas.

Mostrar lo oculto y, ojo, no de manera pornográfica (idea peregrina del acto de mostrar), es seductor, invita, lubrica, da vida, entretiene, entusiasma. Sacar a la luz ayuda, duele, descomprime, es sano; mostrar la parte del cuerpo más fea reconcilia. Saber las miserias del mundo, las de

## La **urgencia** de **indagar**

**Gregory Cohen**

### **Una pregunta:**

¿Puede ser un debate como *La Indagación* perverso, placentero y reflexivo al mismo tiempo?

En *La Indagación* la descripción de los hechos es tan clara y llana que uno logra ver, re-escenificar, la violencia, el humor negro y el desprecio como una sola cosa. Alardear sobre estos hechos no haría más que atenuar su efecto. Esa es la paradoja tremenda de este tipo de obras. Abofetea al espectador con la mano limpia, sin guantes, ni manoplas. La paradoja está avalada por la realidad. Nada más teatral que un nazi pateando a un recién nacido. Nada más teatral que un preso describiendo su proce-

so de tortura y el lugar, con olores, metros cuadrados, temperatura, con la misma precisión que merece el primer día de clases o la primera experiencia sexual.

*La Indagación* nace tan pegada a la realidad que ya viene con el drama encima. Por eso es intrínsecamente irónica. *La Indagación* es tan avasalladora que uno necesariamente tiene que renunciar muy luego a entenderlo todo. Al hacerlo puede bucear en otros detalles: los gestos, los sub-textos, la ironía, el placer de escuchar el texto sólo por escucharlo, un placer brutal, con música propia. El placer estético aparece enredado con el llanto contenido, las risas, los temores, y la perversión. Tal como so-

mos todos los seres humanos.

*La Indagación* toma la forma de juicio, pero en el fondo es un descarado debate.

### **Otra Pregunta:**

El Campo... ¿sigue en nosotros?

En relación a la obra de Peter Weiss, sería muy útil tener una razón muy objetiva para insistir en su calidad como tal. Sin embargo, todo se vuelve absolutamente visceral. Sabemos que es un testimonio, que debemos repetirlo y recordarlo una y otra vez, pero desde el punto de vista teatral, ¿es teatro? Es exactamente la re – presentación de un hecho que conmovió al mundo. Y nos sigue con-

las personas, las nuestras, nos ayuda a intentar vernos, a conocernos, nos hace más sabios. Al apropiarnos de lo desconocido, llenamos nuestros vacíos, nuestros huecos, tenemos la pretensión de la plenitud, entramos en comunión con otros (con los que nos hacen ver y con todos los que adhieren afectivamente al mensaje), compartimos la información y finalmente nos sentimos parte de algo, nos transformamos en seres que creen determinadas verdades, es ahí cuando sentimos que no estamos solos, que somos parte de un mundo más que material, volvemos reconciliados al origen, aunque sólo sea por unos momentos.

Eugenio Barba, afirma que el arte

del teatro y del actor pretende inyectar un "veneno" al espectador. Aquí es importante la palabra en sí, ya que no creo sea gratuita. Durante un tiempo estimé que Barba pudo haber querido decir pócima, o droga, o sea, algo que abra los sentidos, que haga tener la ilusión de la visión y que producto de la convulsión desatada en



Foto: Ramón López

moviendo... y uno piensa que nunca más, y piensa que así como se han renovado los socialistas, los nazis también han hecho lo propio. Pero... ¿qué me diría usted, si le cuento que el otro día me encontré con un orgulloso militante nazi convencido de que el error no fue la guerra sino que el exterminio no haya sido total?

Y cuando le digo orgulloso, es poco para lo que él sentía en relación a su agrupación política. Un muchacho arriesgado, vendedor de una gran tienda de Santiago, que en un acto de osadía o valentía, pues arriesgaba su venta, se confesó sin remilgos: "Yo soy un facho"... Como me negaba a creerle, sacó su billetera, la abrió, y agregó: "Yo soy esto" y en un rinconcito estaba pequeña, pero increíblemente grande y poderosa, la swástica.

Entonces, fue cuando me apareció la pregunta de siempre, la que no logro contestar, y le dije: "¿Qué hace

que usted haya optado por excluir al que no cumple con las normas que usted quiere imponer, y qué hace que yo haya optado por tratar de integrar, y llegar a acuerdos con ese otro?"

Me miró con ojos sorprendidos. Y aquí viene la paradoja. Uno puede interpretar esa mirada como la de un loco... pero también como la de un idealista, la de una persona que huye del modelo social, y de las zapatillas, y refugia su corazoncito en esa swastica, porque ella recoge el verdadero sentido de existencia para él. Lo más peligroso es que, hoy en me-

dio de la carencia reflexiva y la apatía, ese muchacho puede llegar a ser atractivo y consistente para otro, pues tiene un "punto de vista", donde los crímenes son meros detalles, trámites para obtener una sociedad más justa.

Por eso es importante que se haya realizado este montaje y que se reproduzca por todos lados. Hoy hay mucho teatro, mucha novela, mucho cine, no siempre mucha reflexión y verdadero debate.

Los campos de concentración y tortura siguen latiendo hoy por todos lados, incluso en los malls. ●



el cuerpo por el agente extraño, resulte una transformación que haga del hombre un ser consciente de sí y del mundo que lo rodea, pero tras eso no hay certeza, no hay contundencia, esa será la duda del alucinógeno. En la vida sólo hay una cosa cierta, la muerte, y uno se puede morir por un veneno. Envenenados, llenos de dolor, sufrientes ante la conciencia del rotundo devenir, vemos nuestra vida, la Vida; dicen que es un momento rápido, pero magnífico, cargado de sentido y de verdad, puede ser también enormemente duro e insatisfactorio, eso dependerá de cómo se vivió. Este momento, como toda gran crisis, nos prepara para crecer y para morir. Estamos constantemente mu-

riendo, pero hay una muerte que es la definitiva, esa es una de las pocas cosas absolutas que nos han dejado. Meter el "veneno", acto al cual alude Barba, podría ser mostrar desnudo al hombre y sus relaciones, con las contradicciones que le son propias, con los sueños, los desencantos, con lo bueno y lo malo, dando curso a la indagación sobre el "ser" y su sentido. Es enfrentar al público con lo que no ha visto, para que sepa sus carencias y, si puede (si su moral se lo permite), intente completar el enorme vacío del mundo, trate de deshacer su máscara, quedando a cara limpia, purificado como un guerrero santo, frente los problemas que constantemente la vida nos invita a solucionar.

Sin dudas, una postura idealista.

Entendido así, el teatro es una herramienta del positivismo, un arma del progreso y de la madre modernidad; adscribo a eso, aún lucho por ello, sólo así puedo entender el sentido y el quehacer de los grandes maestros, desde los de muy atrás, pasando por Meyerholl, Piscator, Brecht, Pirandello, Ionesco, Beckett, los maravillosos norteamericanos de posguerra, los Kantor, los Grotowski, los Barba, y tantos otros artesanos de la escena que hasta hoy, pelean contra las fuerzas de la oscuridad, para poder sacar a la luz una forma, la que con la materialidad que el escenario posibilita, se acerque a mostrar a los hombres, su mundo y el que podrían

**E**n un lugar se han juntado acusados y testigos. Ha cía ese lugar miran miles de ojos así que debe ser un escenario. Los acusados son muy amables y con un gran sentido del humor. Esto no es de extrañar pues han revelado que en realidad fueron actores. Estos, ya jubilados, han dejado atrás su pasión por el drama, lo que les hace pensar que el lugar donde se encuentran no sería un escenario. Los testigos son gente de buena memoria, espectadores de un afán antiguo de los acusados. Los testigos describen los movimientos de los acusados, recuerdan sus textos y dan su apreciación: los acusados sobreactuaron y se identificaron con sus personajes. Concluyen entonces: nunca hubo teatro sino que sólo personalidades. Son culpables.

Los acusados se defienden: siempre hubo teatro, representación de principio a fin, actuación de un rol,

exhibición del texto repetido una y otra vez, en fin, mero cumplimiento de órdenes del dramaturgo y del director. Entonces los acusados acusan: los testigos sobreactúan, melodramatizan, improvisan, afectados de resentimiento y de falta de agradecimiento. Y así una y otra vez, función tras función, juicio tras juicio.

Entre tanto los miles de ojos que miran se contraen producto del retorcimiento de tripas y de la secreción de las glándulas. El cuerpo que los sostiene se hunde sobre la bolsa gástrica mientras el ácido hace recordar la náusea. Dolores incipientes

en los miembros señalan el lugar de las mutilaciones mientras que los dientes apretados contienen el odio que se dispondría a la matanza vengativa. Detrás de los ojos las neuronas se detienen o chocan entre sí reflejando el vacío y la perplejidad que aparecen cuando no es posible comprender nada.

Por esto para los que observen lo peor será la desesperanza, la futilidad del ciclo eterno de las indagaciones y el cansancio enorme, infinito del tedio que caerá sobre ellos, los espectadores, y que tratará de ocultar el profundo dolor y amargura que habrán

## La repetición

**León Cohen**

Psiquiatra, psicoanalista, actor, profesor Escuela de Teatro PUC

vivir, si existiera el coraje.

Sacar a la luz, dar a conocer *La Indagación*, oratorio en 11 cantos, de Peter Weiss, fue uno de los últimos proyectos de Carlos Cerda. Su alma generosa y visionaria, lo invitó a ver la necesidad de "envenenarnos"; sus cómplices, la Escuela de Teatro de la Universidad Católica y el Goethe Institut, supieron cumplir con esta labor.

Todas las naciones detonantes en el teatro occidental han tenido su momento trascendente, ha sido allí donde los "qué" y los "cómo" (lo que se habla y cómo se cuenta), se han manifestado. No es un resultado espontáneo, sino un largo proceso de sumas que conforman una síntesis



Foto: Ramón López

## s indagaciones

padecido sus células. En ocasiones, ese vacío se intentará esconder detrás de una máscara milenaria: la fiesta. Entonces la actuación se colmará de euforia y de movimientos y se hará creer en que todo pasa y que el futuro será diferente. Y eso bastará, esa vieja magia de pronunciar las palabras en el ceremonial adecuado y decretar la desaparición de los hechos y con ellos, del dolor del desgarramiento de las vísceras y de las almas.

Sin ir más lejos ese es el propósito de la queja de los acusados. Para qué recordar lo pasado si ya pasó y ahora todo es diferente, para qué

perjudicar el progreso del presente, cuál es la perversa intención envuelta en este volver a recordar. Y la queja no es menor pues es la defensa frente a la gran persecución, al gigantesco e inefable alud de culpa insoportable que pisa los pies de los acusados. En efecto, podemos ser más salvajes que un animal, es decir, sádicos, en la medida en que usamos los recursos que, paradójicamente, nos da la condición humana: la racionalidad. Nunca faltan argumentos que coagulados en una ideología proporcionen la gigantesca alucinación y el preciso delirio que justifique, o sea,

que le de justicia al más horrendo de los crímenes.

Por ello es que frente a la pregunta ¿por qué? puedo responder: porque seguía órdenes. Pero ¿de quién? De mí mismo, de mi profunda capacidad de darle racionalidad a lo incierto que temo y no tolero. Entonces, ¿por qué delirio o alucinación? Sólo por un problema de cantidad, sólo porque esas ideas, esas creencias adquirieron mayor intensidad y deslumbramiento, mayor autonomía y autosuficiencia que las habituales y se quedaron así para nuestra comodidad y adaptación. Lógica, total y biológica lógica, de la naturaleza y de sobrevivencia, propia de cada uno de nosotros, al alcance de la mano de cada uno de nosotros, sin posibilidad de que ninguno se sienta libre de esa caída. Por este hecho los acusados también somos nosotros y esto nos enloquece pues nos sorprende en pleno odio por ellos.



cultural. El teatro alemán, del cual Weiss es hijo, tuvo este gran momento en Brecht. Pero atención, esta "cazuela" se ha cocinado a fuego lento, sus antecedentes son sólidos, el peso de Goethe y de los que vinieron es demasiado enorme. El discurso, la razón, la manifestación áspera de las ideas, la denuncia, el grito del interior, conformarán un sello, una imagen corporativa, del teatro y las artes alemanas. La profundidad temática, el valor de lo mínimo, del acento, la toma de posición, el contar más que actuar (en el sentido psico-técnico), apelarán a un público al que se le pide sea testigo, a un espectador que no se nuble por la emoción, sino que entienda la tras-

cendencia de lo que ve y escucha, incluso en una estructura como la de esta *Indagación*, donde al final nada se resuelve, en donde todo aparentemente queda igual, incluso entonces el público deberá asumir esa realidad, comprenderla, evaluarla, sopesarla, por más desagradable e incorrecta que sea, tendrá que vivir con eso.

Indagar es "tratar de llegar al conocimiento de una cosa discurriendo por conjeturas y señales". Es válido saber el significado de las palabras, tantas veces pecamos de liviandad en su uso. Nuevamente vemos, o deberíamos ver, cómo el contenido obliga a la forma.

Alcanzar el conocimiento en *La Indagación*, de Weiss, opera hacien-

do del espectador testigo de una situación dramática y escénica, la que toma como base un suceso histórico trascendente, los procesos en Alemania contra aquellos que pretendían silenciar, lo que en su momento se dio en llamar, "la vergüenza nacional". Es decir, contra aquellos que en los campos de concentración participaron, de manera intencionada y sistemática, en la destrucción del modelo humano.

La "advertencia previa", dispuesta en el texto escrito, y que, por razones obvias el público desconoce, nos orienta como analistas, ya que establece mediaciones y condiciones para la ejecución del texto escénico. De este cruce intertextual el público

Vemos, pues, en este camino un enorme obstáculo para recordar: nuestra propia racionalidad, el tener las cosas demasiado claras y justas. Al indagar buscamos, exploramos, nos movemos en el territorio de la memoria y vamos exhumando los documentos que hablan de las experiencias. Pero, ¿es posible recordar con libertad si a cada momento y en cada esquina de nuestra mente nuestro pensamiento se encuentra con lugares donde la intrincada condensación de las ideas ha generado especies de "hoyos negros" que atraen y devoran el pensar?, ¿no es éste un territorio peligroso que nos obligaría a un pensar cauteloso, lento, controlado en el caso de que quisiéramos lograr ideas diferentes, con todo el costo de energía que esto nos implicaría?, ¿no es esa una situación que nos tentaría a la adaptación y a dejarnos absorber sin protesta por esas bocas llenas de racionalidad? La historia personal y

la historiografía universal muestra la abrumadora preponderancia de esta última solución.

Veamos. Un hombre adulto se encarga de hundir jeringas en el cuerpo de un niño tras otro, llevándolos a la agonía inmediata. Pasan uno tras otro por sus brazos, los mismos brazos que quizás horas o días atrás tomaron con dulzura a sus hijos o sobrinos o nietos o vecinos. ¿Se trata de un criminal, un psicópata nacido bestia y sin indicio de humanidad? No necesariamente. Es posible que sencillamente lo esté haciendo porque es lo debido, porque es legal, porque corresponde, porque esto traerá un bien en algún futuro. Pero, ¿cómo es posible esto, es que no recuerda lo que ha vivido, sentido, visto hace tan poco tiempo con otro ser humano entre sus brazos?, ¿es que no se percató que entre cualquiera de esos niños que agonizan y su propio hijo no hay casi diferencia?, ¿cómo no sur-

gen señales en el cuerpo de ese hombre de la enorme inconsistencia?, ¿cómo no aparece el horrible malestar, o el innumerable dolor?, ¿cómo sus visceras no estallan o quizás su propia mente en pedazos ante el acto más primitivo, la muerte y desmembramiento de los propios hijos? Lee-mos en el texto que apenas algo de esto da luces se transforma en insostenible y requiere el urgente auxilio de la racionalidad para justificar y aplacar a las visceras y a la culpa que enloquece. Es pues la racionalidad coagulada la que disocia nuestra mente, por así decirlo, y nos lleva al clásico tema de la cohabitación de una personalidad maligna "al lado" y simultáneamente de una personalidad benigna e ignorante de la anterior a la que la "benigna" califica sólo de "debida y necesaria". El esfuerzo eterno de una mente así es trabajar para mantener esa disociación, que ésta última no llegue a te-

deberá entender algunos aspectos relevantes en el proceso de recepción, ya que se pide al emisor (actores/directores) "hacer" de una manera específica. De esta ecuación, se deduce la apuesta por un tipo de significación; vale decir, del impacto comunicacional de la forma expresada se espera un resultado emocional y racional, que en este caso, el público, deberá asumir como "toma de conciencia", no sólo de los horribles hechos, sino de su postura frente a estos.

Se nos dice que lo que vemos es sólo un extracto de lo ocurrido en la realidad de los juicios; que la escenificación del juicio, no debe llevarnos a intentar reconstruir el tribunal real —ante el que tuvo lugar el proceso del

campo de concentración—. También sabemos que las palabras de los nueve personajes testigos (los que, por cierto, refieren a centenares) nos hablan al pie de la letra y con su propia sintaxis. La transpolación de lo oído por Weiss, observador anónimo del proceso, obedece a la lógica mimética. Nos advierte el autor, sobre las confrontaciones reales, y de cómo éstas estuvieron cargadas de fuerza emocional, pero, por otro lado, obliga a los ejecutantes a enfrentar la acción de manera objetiva, tratando los hechos tal como ocurrieron en el

tribunal. Respecto al relato de las vivencias personales, como en las confrontaciones, los testigos han de ceder al anónimo, ya que al perder su nombre en el drama, se convierten en portavoces de una verdad social que afectó a miles y que saltando las fronteras espaciales y temporales, seguirá perjudicando a millones.

Referente a lo anterior, se torna casi imposible obviar el legado de Brecht y su mentado "distanciamiento", en el marco de la "Nueva objetividad". La manera en que el mensaje es entregado apunta a lo objetivo,

ner una noción emocional de la verdad de la primera. En este trabajo la maquinaria de la racionalidad no cesa de esforzarse como lo hemos visto. El ceder en esto resulta en una catástrofe innombrable para la mente, resulta en una comprensión de que se ha hecho algo terrible no sólo a las víctimas sino que, a través de esto, también a aquello que constituye a esa persona, a sus seres queridos, a todo su mundo, es decir, a la humanidad misma. Debido a esto sobreviene entonces la persecución y caída de una sombra de muerte llena de melancolía sobre todo aquello bueno que pudo haber atesorado el hechor durante su vida. Cae sobre sus recuerdos, sobre sus emociones, sus ideas, su cuerpo entero, como la más corrosiva de las enfermedades. De aquí el terror al derrumbamiento de la disociación y al encuentro en la memoria significativa de los recuerdos que la racionalidad trataba de mantener

separados y negados el uno del otro. De aquí que los acusados insisten en no recordar y sólo desean adaptarse manteniendo esa oculta y sibilina racionalidad que justifica sus pasados y les permite seguir viviendo.

Es extraño y chocante al espíritu festivo de la modernidad afirmar que el recuerdo significativo que permite comprender emocionalmente y darle

mayor consistencia a la mente no puede dejar de estar impregnado por los matices de la nostalgia, de la pena, la tristeza o los sutiles dolores de la culpa. Sin embargo, estas son algunas de las señales de un esfuerzo nada natural, el de lograr tener mayor libertad para recordar, pensar y sentir, es decir, lograr vivir como seres humanos. ●



Foto: Ramón López



anula la histérica ilusión del público de estar espiando –como voyerista– la escena, condición de la tradición teatral dramática. Por un lado, se saca a la luz hechos oscuros de la historia y aberraciones de la conducta más negativa del hombre, diciéndonos: por más que queramos mostrar todo tal como fue es imposible, ya que esto sólo es teatro, y por otro lado, se llama la atención del espectador para que éste asista, de manera activa, a ver una verdad dura, radical, "no interpretada". La manifestación de la "idea" que desprende esta propuesta formal es tajante, no permite ambigüedades, enfrenta al espectador con su conciencia, lo hace darse cuenta de lo que está viendo y cómo ello lo esta

penetrando. Así es imposible "hacerse el leso", no se puede decir "no estuve ahí", y por tanto no tengo opinión.

## **Canto II (De la reflexión y el peso de la verdad)**

ACUSADO12:

"Señor presidente,  
quiero aclararlo ya de una vez.  
Ya desde nuestros años en la escuela,  
de cada tres palabras  
una se refería siempre a los  
que eran culpables de todo  
y que debían ser exterminados.  
Se nos inculcaba  
que eso era sólo para bien

del propio pueblo.

En las escuelas del partido aprendimos a aceptarlo todo en silencio.

Si alguno preguntaba algo,  
se le decía:

Todo lo que se hace, se hace de acuerdo con la ley.

De nada sirve

que hoy las leyes sean otras.

Se nos decía:

Debéis aprender,

la instrucción os es más necesaria que el pan.

Señor presidente,

no nos dejaban pensar.

Eso ya lo hacían otros por nosotros".

Este parlamento del Canto del Unterscharführer Stark, es una lec-

**M**ientras veía en la Sala Eugenio Dittborn del Teatro de la Universidad Católica la primera parte de la lectura dramatizada de *La Indagación*, de Peter Weiss, me di cuenta de que los aros que llevaba puestos provenían de esa guerra a que aludía la obra. Es una larga historia. Mis abuelos maternos nacieron en un territorio que todavía se llamaba el Imperio Austrohúngaro. Él era un polaco burgués que tardíamente se había casado con una checa judía de tomo y lomo –su padre era el rabino del pueblo. Una vez juntos, se habían trasladado a Yugoslavia, donde nacieron mi madre y su hermana. Ahí los pilló la avanzada nazi. Huyeron primero a Francia y luego, cuando París se veía amenazada, lo más lejos posible: a Chile, donde un primo de mi abuela había llegado ya. Antes de zarpar, un conocido de mi abuelo se

# **Cuando la guerra**

**Milena Gr**

Traductora y analista t

le acercó y le entregó un anillo con una hermosa aguamarina como ojo de gato y un par de objetos redondos con un pequeño brillante al centro, que durante toda mi infancia miré como gemelos. Y le dijo: "Guárdame los hasta que nos volvamos a ver". Nunca se volvieron a ver y esas joyas pasaron a manos de mi madre y, por alguna razón poderosa, yo siempre quise transformar esos supuestos gemelos en aros y llevarlos puestos como seña de mi propia proveniencia.

Los gemelos finalmente no eran gemelos, sino una prenda que servía para fijar las puntas de los cuellos de las camisas, como ahora lo hacen los botones. Cuando lo supe, me dolió un

poco transformarlos, porque su nueva identidad borraba las huellas de un pasado que ya no existe. Pero seguí adelante. En realidad, seguí adelante mi madre, porque ella había decidido, después de muchas vueltas, regalarme esas joyas. Y por si la carga fuera poca, fundió también su argolla de matrimonio en esos aros que hoy visto.

Mientras veía *La Indagación*, me di cuenta del permanente movimiento de vaivén respecto del Holocausto que he tenido que sobrellevar durante toda la vida.

Parte de la leyenda es que tres hermanas, de las cinco que tenía mi abuela, y tres hermanos, de los cinco que tenía mi abuelo, murieron en cam-

ción, muestra, adelanta, el monstruo que se puede crear en los hombres, cuando a través de la enseñanza del odio, la segregación, el racismo, la discriminación, algunos pretenden salvarnos, protegernos de lo desconocido, de lo extraño, de lo ajeno. El temor a la diversidad, a otras maneras de ver la vida, a otros sentires, síntomas de mentes apocadas y fanáticas, cunde como reguero de pólvora en el cuerpo social, siempre miedoso de la pérdida, del descontrol. La regulación de las conductas humanas gira en torno al adoctrinamiento, a la instrucción para eliminar al distinto, para culparlo de nuestras personales frustraciones e incapacidades. Se habla del bien general, del

pueblo, se pretende salvar a una colectividad exclusiva, la de los que son idénticos. El sueño de la perfección y del saber absoluto, confunde los sentidos, enajena. La sordera y la ceguera, convierten al individuo en fantástico a sus propios ojos, perdiendo la percepción del entorno, dejándolo imposibilitado de captar estímulos que lo abran al diálogo. Es ahí cuando la institucionalidad y el peso de la ley, surgen en las sociedades preocupadas de la imagen y del "qué dirán". Se normalizan y se valoran las conductas adecuadas a los intereses del poder. La justicia entonces es un sueño, una fantasía, ya que "si todo se hizo de acuerdo a la ley", será imposible para un nuevo orden moral, sal-

Laboratorio Teatral UC 2001

**La indagación**

Oratorio en 11 cantos de Peter Weiss

- José Luis Aguilera
- Francisco Albornoz
- Ignaciol Aldunate
- Maureen Boys
- Felipe Braun
- Paulina Bronfman
- Carlos Cerda
- León Cohen
- Cristián Campos
- Luciano Cruz-Coke
- María teresa Diez
- Verónica García-Huidobro
- Milena Grass
- Ramón Griffero
- John Knuckey
- Rodrigo Lisboa
- Ramón López
- Pablo Macaya
- Jaime Mc Manus
- Guillermo Murua
- Ramón Núñez
- Francisco Ossa
- Jaime Reyes
- Claudio Rojas
- Willy Semler
- Gabriel Sepúlveda
- Cristián Soto
- Mario Soto
- Inés Stranger
- Claudio Valenzuela
- Rodolfo Vásquez
- Alberto Vega
- Tomás Vidiella
- Paz Yrarrázaval
- Alez Zisis

Pontificia Universidad Católica de Chile  
 Facultad de Artes  
 Escuela de Teatro  
 Goethe Institut

# uestra herencia

pos de concentración. Y así los primos y primas de mi madre, y todo un largo rastro perdido de parientes. Mi abuelo murió en Chile sin haber aprendido jamás el castellano. Y mi abuela murió a una edad avanzada, sintiéndose muy chilena, teniéndole un terror ancestral de tierra quieta a los temblores y con un acento pertinaz que nunca cejó y del cual al fin de los días ella había perdido toda conciencia.

Cuando cumplí treinta años hice un viaje a la tierra de mis ancestros con mi madre. De hecho, fue mi regalo de cumpleaños. Fuimos a Praga y de ahí a Prosteiov, donde visitamos a la única prima de mi madre que había sobrevivido en Europa. Al pasar junto a una construcción de ladrillos que no parecía más que un muro, me recorrió un escalofrío y, con el alma en la gar-

ganta, se me escapó una pregunta: "¿Qué es eso?" Mi madre respondió como ausente: "El campo de deportación donde encerraron a los judíos de la ciudad de Praga antes de enviarlos a los campos de exterminio". En Praga hay un museo donde las obras exhibidas son los dibujos de los niños que vivieron en ese campo; la mayoría tiene fecha de nacimiento y, en la fecha de muerte, dice "desconocida".

Finalmente llegamos a ver a la prima de mi madre, Elishka. Hablábamos en inglés. Ella había logrado que el gobierno comunista checo la dejara ir a Inglaterra en un viaje de estudios por los museos y galerías porque era una pintora suficientemente talentosa. Luego había vuelto y no había conseguido permiso para dejar su país nunca más. En sus hijos, los estragos de la



vo que este sea revolucionario, tirar por el suelo una ley basada en el mal.

En las sociedades no dispuestas al cambio, la forma legal será el paraíso de los violadores, torturadores, dictadores, ya que si cuentan con dinero, contactos y alianzas vigentes, se ampararán en la red legal en que se sustenta y perpetúa el sistema. Un llamado entonces, a no creer en "padres" que prometan mucho en estos escenarios, sus discursos no buscarán la verdad, porque, o no tienen la intención, o no "pueden" buscarla. En esos casos, deberíamos pedir a los "padres" honestidad y humildad, pero ambas virtudes son difíciles de encontrar en la naturaleza humana, que tiende a la comodidad y a la deten-

tación de privilegios.

Durante el pasado siglo hemos sido testigos de tantos cantos y gritos: ¡Que muera el perro judío! ¡Gitanos cochinos! ¡Indios culiados! ¡Comunistas de mierda! Los ¡venceremos!, han pasado de voz en voz, de una ideología a otra, entre razas, por fronteras y religiones. El desenlace ha sido el mismo, se sabe. El capítulo siguiente, casi siempre se conoce: consenso, formalidad legal, callar. La **indagación** tiene el valor de sacar a la luz, de mostrar esta situación. Dolorosamente, esta obra enseña mucho más que los horrores que el hombre puede cometer por defender o imponer sus creencias e ideas, enseña más que la enorme capacidad

de algunos para sufrir y padecer, enseñar, y en esto es universal, nuestra incapacidad para hacernos cargo de la verdad, la que, en casos como estos, no es, ni puede ser relativa. Vemos como se justifica la frase de uno de los testigos: "Yo salí del campo, pero el campo sigue entre nosotros". Esa es la realidad, esa es la denuncia que **La indagación** nos lanza, o más bien, nos escupe al rostro.

Tremenda verdad, amargo veneno, terrorífica forma nacida a la luz. El monstruo nos rodea, está en nosotros mismos, está en el del lado, en el "otro". Imposible dejar de pensar en el amargo existencialismo y toda la paranoia que le es propia. Puesto así el acontecer y el devenir humano, se comprende

segunda guerra mundial se sumaban a los estragos del comunismo soviético y la oscura alma checa: el favorito había muerto de cáncer a los cuarenta años; los dos restantes estaban totalmente alcoholizados. Y en este cuadro donde ella, en su anciana pequeñez, brillaba, se dio una conversación entre primas que nunca estoy segura si la escuché o la soñé.

"¿Y el primo tal?" "La última vez que lo vieron fue en Auschwitz". "Y la tía tanto." "Se supo que se la llevaron, pero no sé a dónde". Y así una retahíla interminable.

Yo siempre había conocido esa historia familiar que decía que mi abuela había tenido que huir de Europa dejando a su madre moribunda; que mi abuelo le había prohibido ir a verla a Checoslovaquia, porque, de haberlo hecho, nunca más habría sabido de ella; y eso me parecía horroroso. Pero frente a esa conversación, me di cuenta de que el famoso Holocausto no era

un relato histórico, era en verdad el pozo profundo donde habían caído miles de vidas y se habían desmembrado miles de familias.

En ese momento, lo que más me impactó fue la naturalidad de la conversación. Mi madre preguntaba por carne de su carne, por personas con nombre y apellido, con las cuales había vivido, conversado, jugado... Su prima contestaba con la naturalidad de quien vivió el horror y forma parte de su vida.

¿Qué podía esperar entonces de estas lecturas?

Cuando Claudia Echenique propuso hacer "algo" con esta "obra", la leí. Sufrí al hacerlo. Y en una declaración de principios, extraña después de haber visto y buscado imágenes horribles de la guerra que nunca se desvanecerán lo suficiente en mi memoria, dije que yo no quería tener nada que ver con eso. Que me dolía.

Pero la sangre tira; tira el paren-

tesco y tira más aún la sangre derramada.

Tengo que decir, eso sí, que aún hoy sigo sintiendo ese vaivén afectivo. A ratos me emociona hasta las lágrimas lo que allí se dice; otras veces, me distancio y me pregunto qué tiene que ver esta historia de muerte conmigo.

Me imagino que esa es una de las razones por las cuales tantas personas han invertido talento, horas, afectos en este proyecto ingrato.

Nos dimos muchas razones para sacar adelante las lecturas:

Que es un horror que no hay que olvidar.

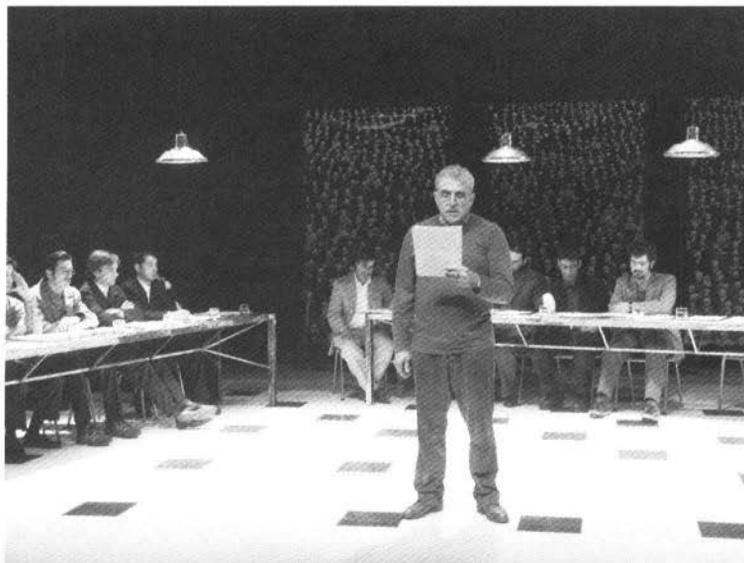
Que se parece demasiado a una parte comparativamente minúscula de nuestra historia.

Que ya que no se resuelve el tema de los detenidos desaparecidos, usemos esta metáfora.

Que el teatro tiene un poder sanador y exorcizador, y hay que usarlo.

la instauración de la depresión y el sinsentido de la acción, en muchos sectores de la sociedad actual.

Gracias Carlos, por ayudar con tu aporte a esta denuncia, gracias por inyectar este veneno en nosotros, por sacar a la luz el horror de nuestras miserias y faltas de compromiso. Comprendo el enojo, en tu lecho de muerte, te faltó tiempo para tantas verdades que deben ser enrostradas. Pero no te preocupes, afortunadamente el Teatro seguirá contando y nutriéndose de hombres conscientes y dispuestos para estas lides. La lucha por el equilibrio entre el bien y el mal perdurará hasta que quede un solo hombre en la tierra, incluso ahí esa lucha seguirá. ●



En la foto: Tomás Vidiella.

Que es importante el debate público sobre los crímenes contra la humanidad.

Y frente a todas las buenas razones, siempre penaba una misma pregunta bajo diversas formas: ¿es sanador invocar todo este horror?, ¿no será demasiado fácil desterrar la metáfora de nuestras tierras porque eso "pasó en Alemania hace muchos años"?, ¿frente a hechos de esta magnitud, permite el teatro una discusión o se impone el silencio ante lo inhumano?

No tengo una sola respuesta. Lo más honesto sería decir que me sirvió en lo personal que se hiciera, me dolió, me hizo situarme, nos remeció, nos movilizó en torno a un proyecto, nos hizo revisitarse la historia y lo más arcaico del ser humano, pero también es cierto que no sirvió de nada en términos de cambiar en algo nuestro entorno.

Yo misma, a pesar de la historia que he heredado, me encontré preguntándome ¿puede ser cierto tanto ho-

rror?, ¿es posible que el ser humano se ensañe así con sus semejantes?

Por que quizás el mayor horror es encontrarnos frente a frente con hechos que dan cuenta irrefutable de nuestra propia barbarie. En este mundo occidental postmoderno nos preciamos del poder intelectual del ser humano; llegamos incluso a la luna. Hemos hecho todo lo posible por cortar con nuestra genealogía animal y nos sentimos lisa y llanamente superiores. Pero creo que, en el fondo, somos animales despiadados, también. Y cuando el animal que llevamos agazapado le entierra los colmillos en la yugular a la presa, es tanto el miedo que nos da nuestra propia naturaleza, que nos parece increíble.

La pregunta constante en mi mente y en mis labios, como en los de tantos otros, pone el signo de interrogación en este dolor: ¿cómo es posible? Es posible porque está dentro nuestro y es tan humano.

Veo un video sobre la vida de Víctor Jara, y las torturas en el estadio nacional no tienen nada que envidiarles a Auschwitz, Treblinka o Bergen-Belsen. La única diferencia está en el volumen y la sistematicidad.

Leo sobre las guerras de independencia en África y las cruentas luchas entre tribus vecinas y reconozco sin dificultad algunas de las mismas conductas de sangre.

Para qué hablar del desplome de las Twin Towers y la consiguiente guerra en Afganistán.

Y si queremos retroceder en la historia: Atila, la Inquisición, la Conquista de América, los progroms en Rusia, la aniquilación de los selk'nam y tantos episodios poco gloriosos de la historia del hombre.

¡Qué pena que los ejemplos más que faltar, hagan fila!

En una visita al recién inaugurado Museo Judío de Berlín, vi unos breves instantes de la grabación de una